

Una mujer de relieve en las letras chilenas

Wellington Rojas Valdebenito



"Vida, fuerte regia, en el ruido hueco de tu seno se abrigarte como al mar y, como a él tempestades me diste y belleza. Nada tengo, nada dejo, nada pido. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había. Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido". La autora del párrafo anterior es Teresa Wilms Montt (1893—1921), escritora chilena que escribiera poemas y narraciones, las que lamentablemente sólo están en poder de coleccionistas. Se trata de una figura prácticamente desconocida, aún para estudiosos de nuestra literatura, razón que ha llevado a Ruth González-Vergara a rescatar su vida y obra en las páginas de "Teresa Wilms Montt: Un Canto de Libertad" (Editorial Grijalbo, Colección "El Espejo de Tinta", Santiago, 1993).

En palabras prologales, la biografía nos introduce en el singular mundo de su biografiada: "Hay vidas, historias, situaciones que con sólo tocarlas sangran. Esta es una de ellas. Teresa Wilms Montt es ciertamente la figura evanescente, inmortal, ingrátida de la escena nacional. Teresa Wilms es perfil, creación, pasión difuminada en el tiempo. Es la gran ausente, que con su voz de silencios exora un pedazo de tierra natal. Porque han de saber, Teresa Wilms fue la mayor desterrada del siglo y lo sigue siendo. Su vida pasó como una estela por la tierra. Vivió y amó con pasión. Su comportamiento la llevó a un tribunal y su condena: enclaustramiento. Sola, repudiada, sin la tuición de sus hijas, se autoexilió en Argentina. En su destierro escribió libros, integró los circu-

los de la inteligencia bonaerense, madrileña y parisina; y vivió...! sola. La importancia de su obra la llevó a ser parte esencial de la intelectualidad madrileña. Allí sus días y noches se desenvuelven en los cafés y ella se transforma en una habitante destacada de tan peculiares lugares en los cuales alternó con Gómez de la Serna, Jacinto Benavente y Ramón Valle Inclán..., con quien estableció una gran amistad, a tal punto que él solía llamarla "mi pequeño cristal". Como si lo anterior fuera poco su deslumbrante belleza encandiló al Rey Alfonso XII, el cual reinó a España entre 1902 y 1931. La admiración del monarca por Teresa fue tal que le concedió La Cruz del Mérito, la cual ella siempre lucía en su cuello.

El poeta Juan Ramón Jiménez al leer parte del diario de la escritora le escribió: "Desde la primera página me sobrecogiste otra vez, y con mucho más poderío y encanto que la vez primera, es decir, que eres perdurable. Esa cria-

tura tuya tan sencillamente natural y extraña, a un tiempo, con ese saber tan intuitivo, que cualquier cosa lo hace grande, lo mágico, lo secreto, teniendo ojos adivinadores, me parecía la emanación de todo tu ser por tu mano. ¡Que angustia ahora no haberte conocido en Madrid cuando estuviste! Oí hablar de ti a unos y otros, andaban con Valle Inclán y con Gómez de la Serna... Y siempre has vuelto a mí cuando he pensado en el genio literario de Chile. Tú sobre todos los chilenos y las chilenas". Teresa Wilms siempre deseó conocer otros mundos. En 1916 saldría de Chile para no regresar jamás. De su país asegura "no conservar más que ingratos recuerdos". Luego de una breve estadía en Nueva York se trasladó a España y de ahí a París, lugar donde, en sus últimos años de vida, lograría reunirse, por corto tiempo, con sus hijas. Al retornar sus hijas a Chile, Teresa enferma de pena y soledad. Acostumbrada a fumar hachís y a consumir analgésicos, entre ellos, veronal, elemento que luego de ingerirlos en una cantidad desmesurada le causaría la muerte a la temprana edad de 28 años. Sus restos descansan en París cerca de las tumbas de Oscar Wilde y de Alberto Blest Gana.

Teresa González — Vergara nos ha devuelto la figura de una mujer que rompiendo todo lo establecido por la sociedad de su época supo abrirse paso para consumir su propio estilo de vida, lo que la transformó en una de las más extraordinarias mujeres de la primera mitad de nuestro siglo.